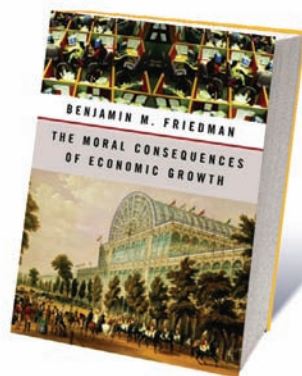


Benjamin M. Friedman

The Moral Consequences of Economic Growth

Alfred A. Knopf, Nueva York, 2005, 570 págs.



Domènec Ruiz Devesa
Banco Mundial¹

La literatura en torno a las determinantes del crecimiento económico ha desbordado definitivamente las fronteras de las publicaciones especializadas para instalarse en el más amplio mundo de las ideas y de las relaciones internacionales. Así, un gran número de economistas de renombre han escrito en los últimos años voluminosas obras dirigidas al público en general sobre esta materia, tales como William Easterly (*The Elusive Quest for Growth*, 2002), Elhanan Helpman (*The Mystery of Economic Growth*, 2004) y Jeffrey Sachs (*The End of Poverty*, 2005), entre otros. Las publicaciones sobre crecimiento económico versan, en general, bien sobre sus causas –todavía objeto de enconados debates (también metodológicos)– o bien sobre la política económica más apropiada para impulsarlo y reducir la pobreza, como indican los títulos mencionados. Con el auge de las preocupaciones ambientalistas también ha surgido una vasta literatura sobre los límites y la sostenibilidad del crecimiento económico. Precisamente se acaba de reeditar una famosa obra, publicada inicialmente en 1972 por el Club de Roma, *The Limits to Growth* (2004). La obra de Benjamin M. Friedman, profesor de Economía en la Universidad de Harvard, cambia el foco tradicional de los estudiosos del crecimiento, mirando a los efectos políticos y sociales (que considera generalmente benéficos) que el desarrollo económico causa en las personas y, por tanto, en las sociedades. La hipótesis que sugiere –esto es, que el crecimiento económico sostenido coadyuva a la estabilidad política y a la solidaridad social, y eventualmente a los procesos de democratización, mientras que los períodos de recesión y estancamiento de las rentas producen crisis de mayor o menor calado– es relativamente intuitiva. El mérito de Friedman consiste, primero, en un valiente intento de demostrar *por qué*, a través de un ejercicio más o menos plausible de psicología social en el que bebe de fuentes clásicas, principalmente Adam Smith y Max Weber. Para el autor, la naturaleza humana nos lleva a querer mejorar nuestra condición relativa, en particular con respecto a

¹ Las opiniones vertidas en este artículo pertenecen exclusivamente al autor del mismo y en modo alguno representan la posición del Banco Mundial.

nuestros conciudadanos y a la generación que nos precede. La incomodidad de reconocer que en más ocasiones de las que nos gustaría miramos con el rabillo del ojo las posesiones materiales y éxitos profesionales de nuestro vecino del quinto para compararlo con uno mismo, no resta plausibilidad a la tesis de Friedman. En el límite, para Friedman existiría una pulsión de mejora con respecto a la situación de la que se parte, que es la de nuestros padres. De ahí que lo importante no sea tanto el *nivel* de vida, sino su continua mejora a través del incremento de las rentas derivado del crecimiento económico sostenido. Sin embargo, no todo es envidia y competencia, ya que la mejora generalizada de los niveles de vida nos hace más generosos con los menos favorecidos y más dispuestos a sostener políticas públicas de carácter redistributivo y social. En general, las sociedades (sobre todo las democráticas) progresan en movilidad social y derechos civiles. Al contrario, en épocas de depresión económica, el individualismo crece, ya que las personas luchan para mantener los niveles de vida en contextos de reducción salarial o incluso pérdida de empleo. Estas actitudes individuales de aislamiento y frustración terminan generando movimientos sociales de carácter intolerante, en particular contra las minorías y los inmigrantes.

En segundo lugar, Friedman *prueba* su tesis con una vasta colección de ejemplos históricos, principalmente en Estados Unidos, pero también en Europa occidental y, en menor medida y con menor fortuna, en los países en vías de desarrollo. En efecto, el autor proporciona sólidas correlaciones de carácter cualitativo entre los períodos de crecimiento y el auge de las políticas a favor de los pobres (caso del programa de la *Great Society* del Presidente Johnson), y al contrario, entre los períodos de estancamiento y recesión y el florecimiento de movimientos racistas y xenófobos (caso del *Ku Klux Klan* en los años veinte del siglo pasado, entre otros muchos ejemplos). Todo ello, sin conceder toda la causalidad de estos fenómenos a los procesos económicos, al reconocer la miríada de factores sociales y políticos implicados, y admitiendo pocas (pero grandes en magnitud) excepciones: China y la Gran Depresión. El fenomenal crecimiento económico de China no ha producido (reconoce el autor) una democracia floreciente en el gigante asiático, al tiempo que la Gran Depresión no eliminó los vínculos de confianza y socorro mutuo entre los ciudadanos, sino que, al contrario, generó el gran programa de bienestar social y reactivación económica conocido como el *New Deal* ideado y puesto en práctica por el presidente Franklin Delano Roosevelt. Para el caso de China, Friedman recurre al manido expediente del corto y del largo plazo. Como éstas son medidas relativas, salvo que la democracia nunca ponga el pie al este del Himalaya, su tesis será confirmada. Más profunda (y débil) es su explicación sobre la Gran Depresión, aparte de reconocer (justamente) el talento político del gran y viejo presidente: cuando la recesión se convierte en una depresión larga, devastadora e interclasista que alcanza a la mayoría de la población, sólo la acción colectiva (y la solidaridad) para salir del marasmo en el que más o menos todo el mundo está inmerso queda como solución. Sea esta explicación más o menos convincente, la Gran Depresión, tal y como se titula dicho capítulo, no dejaría de ser una (gran) excepción.

El profesor Friedman también admite la posibilidad de encontrar «procesos virtuosos» en los que el crecimiento genera capital social y político que, a su vez, genera más crecimiento económico. Sin embargo, el gran número de democracias que ponen en práctica

políticas económicas que conducen al desastre, o más claramente, los problemas de crecimiento de algunas economías «maduras» en Europa occidental, le llevan a tomar con cautela la probabilidad de los ciclos virtuosos. Más probables en cambios son los ciclos «viciosos», en los que inestabilidad política y pobreza se alimentan y retroalimentan mutuamente. De esto tenemos muchos ejemplos en los países en vías de desarrollo.

La brillantez y profusión de información que el autor despliega en la parte central de su obra decae en los capítulos finales, en los que demuestra una adhesión incondicionada y no necesariamente fundamentada (como ya ha puesto de relieve el profesor Joseph Stiglitz en su propia recensión², con relación al modo de medir las desigualdades entre países en la era de la globalización) a las tesis y principios del Consenso de Washington, tales como los benéficos efectos de la liberalización, desregulación y apertura comercial. Como ha puesto de relieve Dani Rodrik, otro gran economista de Harvard, junto con su colega Hausmann, entre otros³, aquellos países que han seguido al pie de la letra las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial en los años ochenta han fracasado en su intento de crecer económicamente y reducir la pobreza y las desigualdades. Es el caso de América Latina. En cambio, aquellos países que han seguido caminos más heterodoxos en su senda hacia la integración en la economía mundial, tales como India, China o Vietnam, han obtenido, con diferencia, mejores resultados. El profesor Friedman cae en la ligereza de proponer a China como el ejemplo paradigmático del alumno aplicado en la era de la globalización. Sin embargo, el profesor Rodrik demuestra una vez más que el error se esconde en los detalles. China no ha introducido derechos de propiedad privada al estilo occidental, y gran número de las «empresas privadas» son de propiedad municipal. La apertura al comercio mundial no ha sido incondicional y el Estado no ha dejado de planificar e intervenir en la actividad económica, siendo el ejemplo más espectacular el mantenimiento de la compra garantizada del producto agrícola por el gobierno (los campesinos comercian con el excedente). Lo que sí ha hecho el régimen de Pekín ha sido introducir incentivos y orientar la economía hacia la exportación, también a través de subsidios. En consecuencia, las economías crecen si se ajustan a los principios de eficiencia e integración económica, pero el menú de políticas disponibles no se agota con las recetas simples, y fuera de contexto, del Consenso de Washington. Como el propio Stiglitz recuerda, ciertas políticas comerciales o de liberalización de capitales pueden incrementar la pobreza y las desigualdades, incluso cuando a veces (pocas) se promueve el crecimiento económico⁴. Con todo, la relativamente ingenua confianza en la sabiduría convencional con relación a la globalización y su impacto en las desigualdades expresada por el autor en algunos comentarios finales, en modo alguno invalida la tesis principal del libro.

En conclusión, la obra de Friedman nos recuerda la importancia del crecimiento económico no sólo para reducir la pobreza y mejorar los estándares de vida, sino también en

² Joseph Stiglitz (2005), "The Morality of Economic Growth", *Foreign Affairs*, noviembre/diciembre de 2005, volumen 84, n.º 6, págs. 128-134.

³ Dani Rodrik (2004), Ricardo Hausmann, Dani Rodrik y Andrés Velasco (2005), y Ricardo Hausmann, Lant Pritchett y Dani Rodrik (2005).

⁴ Stiglitz (2005).

el fortalecimiento de la paz y moralidad sociales, y en el de las instituciones. Al contrario que los economistas neoliberales al uso, Friedman admite sin reparos el papel esencial del gobierno en la reducción de la pobreza y en la promoción de la movilidad social a través de políticas públicas. Ciertamente, la financiación de estas intervenciones a favor de los más desfavorecidos requiere crecimiento económico sostenido, pero como esta obra nos recuerda, el incremento de las rentas que tal fenómeno genera también es necesario para mantener y aumentar el apoyo social a dichas políticas sociales, esto es, la proclividad de las personas a ayudar a sus semejantes en dificultad.

Referencias

- EASTERLY, William (2001), *The Elusive Quest for Growth. Economists' Adventures and Misadventures in the Tropics*, MIT, Cambridge (MA).
- HAUSMANN, Ricardo, PRITCHETT, Lant, y RODRIK, Dani, (2005), "Growth Accelerations", KSG Working Paper RWPO4-030, disponible en <http://ssrn.com/abstract=571823>
- HAUSMANN, Ricardo, RODRIK, Dani y VELASCO, Andrés (2005), "Growth Diagnostics", Harvard University, disponible en <http://ksghome.harvard.edu/~drodrik/barcelonafinalmarch2005.pdf>
- HELPMAN, Elhanan (2004), *The Mystery of Economic Growth*, Belknap Press, Cambridge (MA).
- MEADOWS, Donella, RANDERS, Jorge, y MEADOWS, Dennis (2004), *The Limits to Growth: The 30-year Update*, Chelsea Green Publishing Company, White River (VT).
- RODRIK, Dani (2004), "Growth Strategies", *Handbook of Economic Growth*, North-Holland, Amsterdam, (en publicación).
- SACHS, Jeffrey, *The End of Poverty. How can make it happen in our lifetime*, Penguin Books, Londres.
- STIGLITZ, Joseph (2005), "The Morality of Economic Growth", *Foreign Affairs*, noviembre/diciembre de 2005, Volumen 84, n.º 6, Council of Foreign Relations, Nueva York, págs. 128-134.